
LO VISIBLE Y LO INTELIGIBLE

Ver: *Idea / Eidos / Visión*

«Se ha dado una preponderancia tal a la presentación de lo real en visión, que lo que no se ve se declara *eo ipso* ininteligible. Y esto es absurdo no sólo filosóficamente, sino también científicamente. En efecto, las partículas elementales son realidades, tanto que de ellas se da una espléndida descripción matemática en la mecánica cuántica.

Pero sin embargo no son visualizables como si fueran ondas o corpúsculos. Pero no son ni lo uno ni lo otro. No es que de hecho no veamos esas partículas, sino que son en sí mismas realidades “no-visualizables”.

Y la identificación de lo visible y de lo inteligible es filosóficamente falsa: toda intelección es sentiente y, por tanto, todo modo de aprehensión de lo real, aunque no sea ni visual ni visualizable, es verdadera intelección, y lo aprehendido en ella tiene su propia inteligibilidad.

Hay en efecto distintos modos de intelección y de inteligibilidad. Tratándose de la visión, la intelección tiene ese carácter de aprehensión del eidos, que pudiéramos llamar *videncia*. En la audición, la intelección tiene un modo propio y peculiar: entender es auscultar (en la acepción etimológica del vocablo), es la intelección como *auscultación*.

En el gusto, la intelección es aprehensión *fruitiva* (tanto si es gustosa como si es disgustosa). No es la fruición consecutiva a la intelección, sino que es el fruir mismo como modo de intelección, como modo de aprehensión de la realidad. No olvidemos que saber y sabiduría son etimológicamente sabor. Los latinos tradujeron *sophía* por *sapientia*.

En el tacto, la intelección tiene una forma propia: es el palpar o lo que llamaremos quizá mejor el *tanteo*, yendo a tientas. En el olfato tenemos un modo propio de intelección: el *rastreo*. Englobo en este concepto tanto el rastro propiamente dicho como la huella. No es la tensión hacia la realidad, sino la realidad misma como un “hacia” que nos tiene tensos. Es un modo de aprehensión intelectual en “hacia”.

Tratándose de otras formas de presentación de la realidad, la intelección tiene también modos propios. El hombre entiende lo real *atemperándose* a la realidad y estando *afectado* por ella. Atemperamiento y afeccionamiento son modos de estricta aprehensión de la realidad, de estricta intelección.

Hay finalmente un modo de percepción propia de la presentación de la realidad en la cenestesia: es la intelección como intimación con lo real, como penetración íntima en lo real. No se trata de una intimación consecutiva a la aprehensión de la realidad, sino que la intimación misma es el modo de aprehender realidad.

Pues bien, todos los sentires en cuanto intelectivos y todas las intelecciones en cuanto sentientes son modos estructurales de la impresión de realidad. Impresión de realidad no es un concepto huero sino algo perfecta y precisamente estructurado. Pero todos estos modos no son sino aspectos de una unidad estructural. De aquí la cuestión que inexorablemente surge: la unidad de los sentires y de la intelección.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1980/1991, p. 105-106]



«La vista siente la realidad de la cosa en cuanto presente en su εἶδος (*eídos*) o figura. Pero hay otros modos de sentir la realidad. En el oído, el sonido está presente, tan presente como lo está en la vista la figura. Este sonido es sonido de una cosa sonora. Pero, a diferencia de lo que acontece en la vista, la cosa sonora no está incluida presencialmente en su sonoridad; está ausente de ella.

Pero no ausente *simpliciter*, sino que el sonido nos remite a la cosa real, la cual sin embargo guarda allende el sonido su propia realidad. Es la manifestación o notificación. Aquí se siente la realidad en “noticia”. En el tacto, tenemos la nuda presencia de la realidad, pero sin figura ni noticia.

En otros sentidos (kinestesia, orientación, sentido muscular) sentimos la realidad como algo que no es ni presente ni notificado, sino la realidad como un “hacia” al que vamos o podemos ir en “tensión” dinámica desde algo otro. Repito, no son modos de sentir lo que las cosas reales son, sino diversos modos de sentir su realidad misma: nuda presencia, figura, noticia, dirección tensa.

Por esto, a su vez, la intelección misma tiene a una estos diversos modos de inteligir: es intelección sentiente. **La tradición filosófica** ha sido en este punto cada vez más unilateral. Ha plasmado la intelección exclusivamente sobre la visión y, en consecuencia, todos los demás modos de aprehender la realidad han quedado descalificados como una no-intelección.

De ahí la idea de que inteligir es re-presentar, y de que lo no representable es sencillamente ininteligible. Pero esto es radicalmente falso, aun tratándose de la intelección de lo presente. No todo lo presente es representable en su realidad. Así, en el tacto la nuda realidad nos es presente, pero en una forma especial: por tanteo.

Tantear no es sólo tantear las cosas en la realidad, sino que en el tanteo es la realidad misma la que nos está presente “tanteantemente”. El tanteo es

un modo de intelección de lo presente en forma no representada sino tanteada. Pero no toda intelección es presencial, porque realidad no es sólo presencialidad ni en forma representable ni en forma tanteable.

En la intelección de modo auditivo, inteligimos sólo manifestativamente; no hay presencialidad directa. Inteligimos el contenido de la noticia tan efectivamente como vemos la figura en la vista. Pero no nos limitamos a esto, sino que sentimos y además inteligimos la realidad del contenido de la noticia como realidad notificante. [...]

Ahora bien, estos modos hay que tomarlos en unidad. La unidad de los sentidos está, en el hombre, en última instancia en la inteligencia. A su vez, la inteligencia consiste en aprehender la realidad en todos sus modos. Finalmente, la realidad es a una, la unidad de sus modos de realidad. Esta unidad no es sólo radical sino también intrínseca y formal.»

[Zubiri, Xavier: *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, pp. 285-287]



«Se comienza por decir, mejor dicho, se da por supuesto que “saber es ver”. ¿Es esto verdad? Me refiero claro está al saber intelectual. Pues bien, sólo una noción angosta de lo que sea inteligencia ha podido llevar a este concepto como a algo obvio desde el tiempo de los griegos. Inteligir, según pienso, no es formalmente ver sino tener en mi inteligencia la actualidad de lo real aprehendido como real.

Es cierto que no basta con tener algo actualmente en la inteligencia para decir que sabemos lo que es; pero es innegable que todo lo que haga falta para llegar a este saber ha de moverse *formalmente* en esta actualidad, y consiste en hacerla más plenaria. Lo esencial está, pues, en esta actualización primaria.

Su forma primaria es impresión. Ahora bien, la visión no es la forma exclusiva de saber, precisamente porque no es la forma exclusiva de impresión de realidad ni por tanto de intelección. Cada sentido nos presenta no sólo lo que es real, sino la realidad misma, en forma propia. En la visión (así suele pensarse cuando menos) está presente formalmente la cosa misma; en la audición la cosa está presente en forma de “noticia”, etc.

En todos los sentidos y en especial en los de la orientación y equilibrio, tenemos la realidad aprehendida en forma de “hacia”. Ello lanza a la inteligencia por la ruta de la búsqueda; es el orto de la razón. Y claro está, lanzados por la ruta de este “hacia” no está dicho en ninguna parte que lo que por ella encontremos sea “ver” la cosa buscada, ni mucho menos.

Puede ser que lo mejor de nuestra intelección no tenga este carácter visual. Cuando la física de las partículas elementales formuló las ecuaciones a que obedecen, quedó bien de manifiesto que las partículas no son ni corpúsculos ni ondas clásicas.

Comparten con los corpúsculos y las ondas ciertos caracteres, y en esto consiste nuestro verdadero saber de ellas; pero esas partículas no solamente no se han visto, sino que ni tan siquiera son visualizables como creían los físicos. El hombre sabe de las partículas elementales moviéndose en la realidad “en hacia”, no teniéndola delante como en la vista. Y la realidad así encontrada lo está en una ley, pero no es visual.

El saber de las partículas elementales no es ver. Y he insistido en este ejemplo, tan fundamental en la moderna ciencia, para que no se piensa que la negación de la identidad entre saber y ver se refiere en primera línea a temas teológicos. Saber, no es forzosamente ver.

Pero es que tampoco fe es “creer lo que no se ve”. Como se piensa que saber es ver, resulta que lo no-visto queda eliminado de la inteligencia y se aloja en el dominio de lo irracional: es la fe ciega. Pero esto no es verdad. ¿Es verdad que en la fe no se ve nada?

Aquí suele tomarse por “ver” la presencia de lo inteligido en la inteligencia. Y entonces hay que afirmar que en la fe se ve algo, en el sentido de que hay algo de lo creído que está presente en la inteligencia. Porque la realidad puede estar presente de muchas maneras, tantas cuanto son los sentidos que el hombre posee.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 223-225]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten